

RELATO DE CENIZA (VERBUM, MADRID, 2016)

(NOVELA)

Maryse Renaud

Estudió en l'École normale supérieure de Fontenay-aux-Roses. Catedrática de español en la Universidad de Poitiers. Doctora en Literatura Hispanoamericana. Ex responsable del Seminario de Literatura Latinoamericana del C.R.L.A. (Centre de recherches latino-américaines de l'Université de Poitiers). Autora de numerosos artículos sobre literatura hispanoamericana, en los cuales aborda figuras como Borges, Carpentier, Asturias, Uslar Pietri, Adoum, Onetti, Mempo Giardinelli, Felisberto Hernández, García Márquez, Roa Bastos, Pablo Urbanyi, María Rosa Lojo, Rodrigo Soto, Andrés L. Mateo, entre otros.

Es autora de textos ficcionales como *En abril, infancias mil*, cuentos, 2007; *El cuaderno granate*, novela, 2009; *La mano en el canal*, novela, 2012; los tres publicados por Corregidor, Buenos Aires. Además, *Junglas*, novela, Editorial Verbum, Madrid, 2014; y, *Relato de ceniza*, Editorial Verbum, Madrid, 2016.

Correo electrónico: majorenaud@club-internet.fr

PRIMER FRAGMENTO

1.

—¿Ha nevado? —murmuró Cyparis alelado.

Entornó trabajosamente los ojos. Tanteó con el pie el pavimento de la calle, respiró de modo entrecortado. Intentaba entrar de nuevo en la vida, desentumecer las mandíbulas, hablar. Hablar con sus semejantes tras la angustiosa soledad de las tres noches anteriores. Movi6 con dificultad sus labios resecos, le sali6 una voz de pájaro herido que se perdi6 en el vaci6.

Una brisa acre soplaba desde el mar. Volaron en el aire ya caldeado de la mañana algunos copos. Tres j6venes bajados de Morne-Rouge le estaban prestando socorro. Dos de ellos lo sostenían por debajo de los sobacos, intentaban mantenerlo derecho. El otro permaneci6 a su espalda, vigilaba su andar tambaleante, abri6 las manos de par en par, anticipando cualquier posible caída del gran cuerpo exhausto.

—¿Ha nevado? — son6 de nuevo la extravagante pregunta, d6bilmente.

Los tres hermanos se cruzaron unas miradas inquietas. Mejor no contestarle. Ni Cyparis ni ellos la conocían de verdad. Ignoraban su textura, su peso, su olor, su sabor. La habían visto de ni6os, fascinados, pura y centelleante como el azúcar cande, en chozas de calendarios y tarjetas de felicitaci6n cuidadosamente guardadas en gavetas por los mayores, o revoloteando traviesamente en bolas de cristal sobre el manto azul de la Virgen.

Sólo contaba ahora la eficacia.

Llevaban varias horas recorriendo la población de arriba para abajo, como hormigas locas. Era el once de mayo. Se habían encontrado en el camino con los señorones del Comité de Asistencia y Socorro, de gesto severo y labios apretados. Unos inútiles con atuendos de dandis a los que ni saludaron. A quién se le ocurría en tal trance vestirse de tiros largos, con chaqué y ese ridículo tubo negro que de seguro estaría tapando sus calvas, dándoles aires de prestidigitadores de circo. Se les atravesó un nudo en la garganta. Sus rostros se cubrieron de finísimas gotas de sudor que ni se tomaron el trabajo de enjugar.

No daban crédito a los ojos.

Habían muerto sus padres, hospedados donde unos familiares asentados de tiempo atrás en Saint-Pierre. Su casa, a orillas del torrentoso Roxelane cargado de rocas y troncos, despanzurrada, cubierta de fango endurecido y de detritus, estaba irreconocible. La tía Rose y su madre, que tan buenas migas hacían, estaban tendidas de costado en el huerto, al pie del árbol del pan, con las manos crispadas sobre las varas con las que pretendían alcanzar los pesados frutos, unidas en la muerte por una increíble lividez. Del viejo limonero no quedaba nada. El tío Fulbert y su padre, abatidos de cabeza sobre la mesa de la cocina, parecían dormir el sueño de los justos. La cafetera, los tazones, los cubiertos habían rodado al piso. Fundidos por el calor infernal del volcán, formaban una mancha gris de extravagantes tentáculos. Su primo, una criatura de cinco años, no aparecía por ninguna parte.

Todo era devastación: la zona del puerto, la calle mayor con sus comercios desfondados, el barrio del teatro, la catedral, los alrededores del Jardín botánico, nada se había librado del soplo mortífero. Contemplaron anonadados los cadáveres amontonados, los árboles arrancados de cuajo, los escombros nevados de ceniza clara. Maldijeron al Monte Pelado cuya aguja de andesita, brutalmente surgida de la nada, desafiaba a lo lejos al que jamás volvería a ser el centro vital de la isla. Maldijeron a las autoridades, los científicos, los políticos, los periodistas. A toda esa gente leída y escribida que no supo proteger a nadie. Tiraron al suelo, en un arranque de rabia pueril, sus anchos sombreros de paja, antes de recogerlos avergonzados.

Eficacia, era lo que hacía falta ahora.

Los tres hermanos de Morne-Rouge se pusieron a observar a Cyparis. Sus manos eran cuadradas y potentes, era ancho de espaldas. Tenía pinta de campesino joven, como ellos. Lo guiaron con una inhabitual delicadeza, evitando rozar sus brazos, su torso, sus hombros, hechos una vasta llaga dolorosa.

—Ha nevado... —el hombre miraba vagamente a sus pies.

Menearon la cabeza. Nunca viajarían ellos a Francia. No eran gentes de dinero, ni funcionarios, ni empresarios, ni estudiantes. Les serían siempre ajenos los grandes buques transatlánticos de chimeneas humeantes, dobles cubiertas y frívolos huéspedes acicalados, con rumbo hacia los países fríos de contrastadas estaciones. Nunca sentirían en la piel lo que algunos picos de oro llamaban pretenciosamente en la colonia «la caricia vivificante de la nieve», ni les importaba un comino, a decir verdad, el desconocido esplendor de esos rudos inviernos. Les bastaba su tierra antillana, el

mar a lo infinito, el vigor de su sol, el soplo de los alisios y el arrullo de la tórtola en el monte.

Había concluido su búsqueda. Trágicamente. Huérfanos... Descubrían pasmados su nueva condición. No quedaba alma viviente en la ciudad norteña. Ni un caballo por las calles, ni uno de esos perros sarnosos que atronaban la noche con sus corridas alocadas, ni un canto de gallo. Les costaba admitir la evidencia.

Echaron una rápida ojeada a Cyparis. Sabían que no debían contrariarlo, que convenía tratar como a un enfermo, como a un niño, al único superviviente de la erupción. El hombre visiblemente no estaba en sus cabales. Los ojos de los trillizos se cargaron de lágrimas... ¡El único superviviente de la catástrofe ! Ellos eran quienes sintieron sus quejidos al pasar delante de su calabozo, lo arrancaron de su prisión de piedra, lo devolvieron a la vida. Eran los héroes de una absurda hazaña de la que no tardaría en hablar la isla entera.

El traqueteante séquito se alejó del campo de ruinas. Dejaron tras sí una Plaza Bertin sembrada de cadáveres en la que ya no crepitaba el agua de la fuente, un mar cubierto de un amasijo de mástiles quebrados, de cajas de bacalao y barriles de ron a la deriva, de tablas flotantes. Se internaron en las lomas que dominaban la ciudad, castigadas ellas también por el incendio, impacientes por regresar a Morne-Rouge.

Eran ocho kilómetros los que tenían que andar.

SEGUNDO FRAGMENTO

16.

Mientras iban regresando a casa apenas si se hablaron el padre Henry y Cyparis. Éste, aturdido por tantos acontecimientos imprevistos, y excitado a la vez, se sentía incapaz de formular la más mínima idea. Agitaba nerviosamente ante las narices del párroco el increíble contrato, inesperado sésamo que por fin les iba a abrir a ambos las puertas del futuro. Firmaría este documento, trabajaría tres años allá en Norteamérica, giraría regularmente dinero al padre Henry, sacaría a Léonie de la prostitución y la ayudaría a casarse decentemente, con un hombre bueno, cosa que él no estaba seguro de llegar a ser nunca. No era, por lo demás, un adepto al matrimonio. Se sentía con el alma seca, cargada de resentimiento y agresividad, incapaz de entregarse sinceramente, y no quería engañar a una paisana con promesas melosas que nunca cumpliría.

Se paró de golpe en medio de la calle casi desierta y metió el inútil documento en el bolsillo. Nunca cruzaría el charco, bien lo sabía, ni abandonaría a su protector, que lo estaba observando preocupado, en silencio.

Al día siguiente, al cantar los primeros gallos en las lomas que dominan Fort-de-France, Cyparis abandonó la capital y salió decididamente para el Norte, al que no había regresado desde la

catástrofe. Le habían entrado unas ganas dolorosas de volver a ver su tierra amada y odiada, de convencerse de que algo podía renacer ahí ; de constatar, como tenía entendido, que persistían aferrados a las laderas de la montaña, a la ensenada de Saint-Pierre, a su pueblo de Prêcheur y al también asolado caserío de Sainte-Philomène, al que tanta afición tenía de niño, gentes empecinadas y valientes. Él había flaqueado, desertado —sobrados motivos tenía—, pero le infundían respeto y admiración aquellos que no se inclinaban, que resistían contra viento y marea.

Tomó el barco de vapor en Fort-de-France y desde la banca de madera, al fondo de la embarcación, empezó a observar el paisaje. El mar estaba en calma y el cielo despejado, apenas salpicado de unas cuantas nubes diáfanas. Tintineaba una campanilla cristalina anunciando las paradas: Schœlcher, Case-Pilote, Bellefontaine, Carbet. A medida que iban desfilando las poblaciones sentía oprimírsele el corazón: estaba a punto de penetrar de nuevo en el mismo corazón de la tragedia. Ya empezaba a arrepentirse vagamente de su iniciativa cuando sonaron a sus oídos, tajantes, las dos sílabas que señalaban el final de la travesía.

Bajó titubeando del barco, imitado por un grupo de pasajeros presurosos con planta de negociantes. Cerró los ojos, aturdido por la violencia del sol y del caos que le asaltó las retinas. A lo largo de la ensenada se desplegaba una faja de tierra gris removida hasta las entrañas por váyase a saber qué inhumano arado, erizada de bloques de piedra calcinados, de chatarra, ramas quebradas y objetos sin forma. Tuvo la impresión de ver esta tierra por primera vez. Un bidé de porcelana partido por la mitad, lleno de ceniza endurecida y hierbajos, de esos que se jactaban de usar a

diario las pupilas de los prestigiosos lenocinios de la ciudad, había rodado hasta el desembarcadero, reservando a los visitantes una desafiante acogida. Cyparis bajó los párpados, avergonzado.

Apenas si lograba localizar con exactitud los sitios que algunos meses atrás solía recorrer despreocupado. Los tejados rosados, los balcones de hierro forjado, las cancelas, las persianas, los pimpantes rótulos de los comercios, toda la alegre fantasía de Saint-Pierre había quedado como dinamitada. La mayor parte de los edificios, entregados a la entristecida curiosidad de unos cuantos transeúntes, estaba reducida a esqueletos de piedra o de metal, o a repelentes oquedades invadidas por la mugre y la humedad.

Cyparis no pudo aguantar más la visión de tanta destrucción. Optó por alejarse del litoral, que contemplaba un puñado de visitantes extranjeros ocupados en sopesar compasivos la magnitud de los estragos. Tiró por la arteria principal del pueblo, decidido a tomar la dirección del centro, a subir también hasta su antigua cárcel, cuando sintió de repente que se mentía a sí mismo. Sólo había regresado a Saint-Pierre por ella, movido por la nostalgia. Acudiría al barrio del Fondeadero de su amada Victorine, cuyo recuerdo había vuelto a punzarlo con insoportable violencia desde que el barco había empezado a bordear las tierras del Norte, erguidas y orgullosas como ella.

Avanzaba agachando la cabeza por las calles pavimentadas, atento al sonido de sus propias pisadas. Luchaba interiormente con la absurda visión de Victorine reunida en la muerte con aquel a quien nunca había dejado de idolatrar, ese blanquito arrogante con quien él no podía competir, y las extravagancias de los dos amantes,

que tanto habían dado que hablar en Saint-Pierre, le desgarraban de nuevo el alma. Creyó distinguir, sin embargo, más allá de la costra de mugre blanquecina que seguía adherida a los muros, prestando a la ciudad un aspecto enfermizo, unos cuantos enclaves de vida.

Lanzó un discreto suspiro de alivio : jugueteaban unos niños entre los cascajos con un viejo zapato rojo sin tacón, un grupo de hombres reparaba una carreta, dos mujeres jóvenes tendían ropa al sol mientras otras cocinaban afuera, en las mismas aceras descoyuntadas, espumando con paciencia una borbotante mermelada de guayaba. No se elevaba ningún ruido. Ni una risa, ni un llanto, ni una palabrota. Todos atendían en silencio sus negocios.

Cyparis tuvo de golpe la sensación de que los hombres lo estaban mirando con malos ojos, como si fuera él un sujeto poco fiable, un intruso colado en la ciudad con viciosas intenciones. Fijaban la vista con particular insistencia en sus espaldas, sus manos, sus bolsillos, como si de su persona pudiese temerse alguna forma de abuso. Acechaban todos sus movimientos con el rabillo del ojo, tensos, apretando los labios, de eso no le cabía ahora la menor duda. Junto a la carreta maltrecha brillaban, al alcance de la mano, dos machetes de anchas hojas.

Se sintió acorralado y de repente se puso a temer que todos se le vinieran encima al unísono, achacándole una misteriosa culpa. Se alejó como si nada de estos ásperos vigías y echó a andar a paso acelerado, casi corriendo, hacia el barrio del Fondeadero, donde un remoto domingo de mayo había conocido a Victorine al levantar del suelo su pañuelo celeste, caído bajo las ruedas de un carruaje.

Comenzaba a respirar algo mejor cuando lo sobrecogió una sorda vibración que renovó instantáneamente sus temores. ¡La montaña ! Levantar la cabeza y erizársele la piel fue todo uno. No era culpable, sin embargo, el cráter despanzurrado del volcán. De las lomas del norte, de las callejuelas perpendiculares al litoral, del sur también, acudían largas filas heteróclitas de hombres y mujeres, inclinados hacia adelante, mal vestidos, grises de polvo bajo el gran cielo añil, ávidos de revancha. Avanzaban implacablemente como hormigas carniceras: la ciudad entera parecía haberse puesto a temblar.

Soplaba una ligera brisa que traía hasta Cyparis retazos de conversaciones rebotando en la piedra dura del camino. Hablaban bajito, sin embargo, raras veces en francés. En criollo, con inflexiones propias de Martinica y Guadalupe e incluso con el acento cantarín de las islas anglófonas, impresionados a pesar suyo por la santidad del lugar que se disponían a profanar.

Confluían todos hacia el cementerio en ruinas: éste con su pico, aquél con su hazada, otros con tijeras de jardinero o un mero cuchillo de cocina, cargando una alforja grande los más optimistas, ansiosos de echar abajo el destartado portón y de lanzarse al asalto de las tumbas que los sacarían por fin de pobres. Los más jóvenes, desatendiendo el orden de la cola, iban saltando sin escrúpulos por encima de las tapias terrosas. Eran bastante numerosos los que ya se habían abierto paso en el recinto del camposanto y puesto manos a la obra. En un quítame allá esas pajas levantaban las lápidas, fracturaban las que se les resistían, hurgaban a manos llenas en los sepulcros despanzurrados en busca de las joyas de los ricos y de los dientes de oro que llenarían más tarde de aceite, manteca, bacalao, mandioca, tasajo y azúcar las despensas vacías de sus chozas.

Cyparis, aunque a estas alturas bien poco creía en Dios, retrocedió literalmente asqueado por tanto irrespeto. Era supersticioso y consideraba que no se debía perturbar con ningún pretexto el sueño de los difuntos, y menos aún atentar contra su integridad física. Él no era ningún santo, pero jamás se había rebajado a robar oro en cementerios. Se puso a mirar con tanta saña a un viejo desdentado que acababa de alzarse, no sin trabajo, con una enorme cruz de metal dorado, que ésta se le escapó de las manos ; fue a dar con todo su peso contra su pie, arrancándole un tremendo aullido de dolor. El escandaloso se convirtió enseguida en el blanco de un haz de miradas reprobatorias, que pronto retornaron a su inicial y silenciosa labor. Mientras tanto un sol ardiente vertía sus rayos con profusión sobre la paja de los sombreros alones de este ejército de pobres.

Cyparis, tironeado entre la náusea y la lástima, ya no sabía a qué atenerse; él también era de muy modesta extracción y sabía lo que era el hambre. Escapar de esta ciudad terrible, correr hasta el desembarcadero, subir lo antes posible al barco de vapor, no tenía cabeza para otra cosa. Conque era cierto lo que el padre Henry había procurado en vano explicarle una semana atrás, disuadiéndole de regresar a Saint-Pierre. Era del todo imposible que recomenzara allí una vida normal, perdía el tiempo el puñado de ilusos que se aferraban a su terruño, si las mismas autoridades habían descartado toda idea de refundación y decidido abrir el campo de ruinas de la ciudad a los apetitos nacionales y extranjeros.

Cyparis estaba aterrado. ¡Saint-Pierre, que había sido hasta hacía pocos meses el faro del Caribe, con su tranvía, su alumbrado eléctrico y su teatro, se hallaba ahora entregado a la voracidad de

sus rivales y enemigos! Se negaba a admitirlo y, sin embargo, lo estaba constatando con sus propios ojos, amargado. Los políticos criollos habían autorizado de forma abierta el saqueo y la rapiña. Con el pretexto de facilitar las legítimas investigaciones de los desgraciados en pos de sus muertos, habían convertido la ciudad en un ferial indecente al que podía acudir cualquier granuja. Es más, de un plumazo habían borrado Saint-Pierre, con el asentimiento de la metrópoli, de modo oficial, de la lista de los municipios de la isla. Le habían roto el espinazo.

Ahora sí, a la hora de despedirse, Cyparis se daba cuenta de que nada señalaba al viajero la existencia de la población : ni un letrero de madera al borde de la carretera, ni una flecha, ni un mojón. Sólo quedaban heridas, cicatrices, escombros y, sonando en su mente, las dos sílabas de un nombre antaño glorioso que no tardarían en llevarse los vientos del olvido.

Giró la cabeza y miró por última vez la ciudad fantasma. Divisó a lo lejos la fachada medio volada del Banco de Martinica, anteriormente tan activo, sus ruinas solitarias por las cuales rondaban unos cuantos turistas visiblemente americanos, asombrados al parecer por la vitalidad pasada de esta ciudad que había albergado el consulado de los Estados Unidos. Ya no interesaban a ningún insular esas piltrafas de las que no podía sacarse ningún provecho. Con sorprendente celeridad, en efecto — en cuanto pudo el pie humano pisar de nuevo el suelo enfriado de Saint-Pierre—, las autoridades coloniales se habían abalanzado a recuperar en los sótanos del edificio el oro, el numerario, los lingotes, imitando el pragmatismo de los americanos que les habían tomado la delantera. ¡Como buitres ellos también, cayendo sobre

una carroña! A Cyparis le volvían ahora a la memoria, mientras corría jadeando hacia el desembarcadero, los desencantados comentarios del padre Henry. «¡Qué hato de sinvergüenzas, sólo les interesa don Dinero! A que van a poner ahora sus cuartos a buen seguro en Fort-de- France... ¿Y por los damnificados, por los monumentos, por la ciudad, qué harán ellos, Dios mío? »

De modo que nadie escapaba de la infamia, ni ricos, ni pobres, ni autoridades; a todos los movían pasiones ruines: a esta conclusión, estimado lector, había llegado Cyparis, desesperado. Al subir al barco se puso a rogar a Dios que por lo menos no tolerara que los sórdidos invasores de Saint-Pierre desarmaran y se llevaran lo único grandioso que quedaba a la ciudad: los pesados cañones de bronce del Fuerte.

TERCER FRAGMENTO

24.

Se disponía a tomar el camino de regreso a la casa sobre pilotes cuando creyó notar en el aire, por primera vez, un olor a desmoronamiento, a caos. Eran palpables la tensión y la angustia. Algo grave acababa de suceder. Victorine, perpleja, buscaba en vano en los labios apretados de su amigo un asomo de explicación. Todo se le antojaba ahora inquietante a Cyparis: el silencio

apelmazado que se había abatido sobre la Zona, y que lo agobiaba de golpe, el escaso trajín por las calles a esa hora relativamente avanzada de la mañana, las puertas y las persianas apenas entreabiertas.

Se cruzó con cuatro jóvenes antillanos anglófonos enzarzados en vibrantes discusiones —a una lidia de gallos en las afueras de Colón estaban acudiendo al parecer, — y con un par de ingenieros blancos pasados de tragos. Por poco resbalan Victorine y él con unas hojas de repollo caídas del carretón de mano de un asiático. El hombre, un jardinero chino de los que solían abastecer de verduras los refectorios de la Compañía, se disculpó con varias inclinaciones de cabeza. Reacomodó con celeridad su cargamento antes de reemprender su marcha. De no haber visto pasar a su lado a esas personas, oído sus pisadas, sus voces, sus exclamaciones, Cyparis habría continuado creyéndose el único habitante de un planeta desertado por la vida. Una riña de mirlos enardecidos, en la cima de un árbol, rajando a picotazos limpios un aguacate, le provocó una breve sonrisa. Se vio de niño en el patio de la escuela, honda en mano, procurando tumbar pájaros y papayas verdes. El aguacate terminó su carrera a pocos centímetros de sus pies, descubriendo un enorme hueso marrón. Cyparis le dio una patada vigorosa. Pero fue el precipitarse de un pequeño destacamento de jóvenes obreros martiniqueses surgidos de sabe Dios qué callejuela, fueron su consternación y sus gestos alelados los que lo obligaron a despejarse de verdad.

Sus compatriotas habían pasado a su lado como alma que lleva el diablo. Incomprensiblemente ni lo saludaron, cuando todos ellos se conocían por manejar cada mañana las mismas barras

de dinamita, cargar los mismos trenes de desechos, desescombrar el mismo camino. Ni repararon en Victorine. Debía de haber sufrido un accidente gravísimo algún integrante de la comunidad martiniquesa, un imprudente muchachito de Diamant, Case-Pilote, Robert, Fort-de-France, o tal vez de ese Norte damnificado que ya había llovido tantos desvalidos sobre el Canal. Todos se habrían abalanzado a constatar sobre el terreno lo sucedido, ansiosos de arrimar el hombro. No cabía otra explicación : se había producido un accidente laboral, que borraba ipso facto rencores y mezquindades y suscitaba sinceros arranques de solidaridad. A no ser que se tratara de un asunto de licor, de naipes o de robo, con sus siempre posibles navajadas o botellazos.

Cyparis descartó inmediatamente que pudiese haber ocurrido otra vez entre los blancos la terrible desgracia de tres años atrás, cuando amaneció colgado de un árbol un joven ingeniero. De nombre Müller, lo apreciaban los trabajadores antillanos a quienes no dudaba en llamar por su nombre y en dar alientos al pasar a su lado. Era un hombre depresivo, incapaz de amoldarse a la vida de la Zona, que abandonado por su novia, allá en Alemania, había terminado por perder los estribos. Se habló entonces de un sobre marrón con una fina letra femenina, de una muñeca con cortaduras, luego de una sogá y de una carrera precipitada hacia la calle. La muerte de Müller, balanceándose entre los frutos maduros de un ciruelo —unos vistosos frutos de oro, comentaron medio alelados los testigos—, había exasperado a la Compañía, herida en su reputación. Fue talado en el acto el árbol de la vergüenza para gran indignación de los trabajadores, chocados por tamaña falta de compasión. Durante tres días aminoraron su ritmo de trabajo y se desataron en la noche los tambores del África, renovando en el

corazón de los blancos los antiguos terrores de los tiempos de la esclavitud.

Pero el caso del alemán era excepcional y la excepción, bien lo sabía Cyparis, no se repite.

Echó a correr, porque sí. Jadeaba. Victorine se había retrasado, lo seguía con dificultad. No, finalmente, ningún trabajador se había caído a las aguas del río, ni había quedado atropellado o malherido por el tren, ni se vio sorprendido por un deslizamiento de tierras. No se podía culpar esta vez a la malaria, ni a las excesivas tomas de quinina, que habían dañado tantos oídos e incluso provocado sorderas irremediables. No se apreciaban tampoco huellas de sangre en la hierba, ni zapatos perdidos al borde del camino, ni jirones de ropas prendidos en la maleza. No podía tratarse de un accidente corporal: jamás había retumbado la sirena, que sacudía con su potencia las fibras más íntimas de los trabajadores y provocaba en el mismo corazón de la selva histéricas desbandadas de tucanes y papagayos.

Cyparis corría como un descosido, se repetía entre dientes, obsesivamente:

—No. No ha sonado la sirena.

Victorine, que se esforzaba en vano por caminar a su par, lo miraba como si desvariara. Cyparis estaba a punto de alcanzar al hosco rebaño de sus compatriotas, cuando detrás suyo creyó distinguir una voz conocida saliendo de un bosquecillo de jacarandas.

Era Jeff, un joven jamaicano de Kingston, un simpático calavera de cara sonriente y andar felino, que había venido a parar al Canal tras una estruendosa ruptura con los suyos. Sus padres, unos mulatos acomodados, se habían cansado de la holgazanería y excentricidades del «artista de la familia», que por poco lo conducen a la cárcel. Le habían suprimido los subsidios y señalado la puerta de salida. Ya que tanta repulsa sentía él por el trabajo honrado de los tenderos, por el alinear en los estantes los envoltorios de bacalao salado, de café y de azúcar, ya que también resultaba incapaz de llevar los libros desde un cómodo sillón de cuero, que fuera entonces a picar piedra con los americanos. ¡Aire !, que se largara. Jeff no vaciló : se despidió de Kingston y de la finca de las *Blue Mountains* donde la familia cultivaba café, puso rumbo al Canal, convirtiendo chulamente la sanción familiar en una oportunidad de escapar de su condición insular.

Jeff y Cyparis enseguida se encontraron afinidades, aunque procedían de medios sociales opuestos. Se complacían sacando a relucir que en materia de terremotos, huracanes, corrimientos y otras calamidades, nada tenían que envidiarse Martinica y Jamaica; repetían que la geografía hermanaba más que el idioma y el dinero. Dinero, además, no tenían ni el uno ni el otro.

Jeff era, hablando con propiedad, el único antillano a quien el martiniqués se había animado a confiar su poco ejemplar pasado. Con él había evocado su calvario en la mazmorra de Saint-Pierre y aludido sesgadamente a las cicatrices de sus espaldas, que siempre mantenía cubiertas desde que había dejado Nueva York y trabajaba en la Zona. Cierta tarde de septiembre se encontraban guarecidos los dos bajo un kiosco de paja, chorreantes de lluvia, con

las camisas pegadas a sus torsos y los pantalones hechos una miseria. Se oían truenos a lo lejos. Movido por un insólito acceso de confianza, Cyparis se puso a quitarse los zapatos llenos de barro y la camisa de tela gruesa que se le incrustaba en el cuerpo. Su piel oscura, salpicada de ligeras marcas blancas, brillaba intensamente bajo los anchos goterones tibios. Captó entonces en la mirada de su joven compañero una angustiada fascinación y un asomo de repugnancia, y se reprochó en el acto su desacertada iniciativa.

Jeff también estaba al tanto de la gloria pasada de Cyparis en el Circo Barnum y Bailey y no dudaba en repetir, socarrón, a su compañero:

—¿Conque... el ocaso del artista, eh?

Cyparis no se daba por ofendido, toleraba con ecuanimidad esas pequeñas crueldades lanzadas con humor, y hasta se sonreían los dos al discutir a ratos de los caprichos del destino. Tampoco había conseguido imponerse Jeff en su tierra y lo reconocía de buena gana. Todos lo tenían por un pintamonas reñido con la perspectiva y el sentido común y sólo capaz de encajar de tarde en tarde algún cuadro excéntrico a turistas europeos de gustos tan pésimos como el suyo.

Pero ahora la voz enronquecida que se dirigía a Cyparis desde el bosquecillo de jacarandas no parecía estar para bromas.

—Capaz que nos llaman a filas...

—¿Y eso?

—Oye, tío, allá en Europa hace como un par de meses mataron a un duque y a su mujer. ¡Bájate de la luna, abre los ojos, Cyparis !

—¿Un duque, en junio? ¡Estás loco, Jeff! ¿Y qué pintamos nosotros en este fregado?

—Un tal Francisco Fernando, te digo, un pez gordo de la política ; miento, un heredero... Y justo después ¿qué te crees tú que pasó ? Al mes siguiente estalló en serio la guerra. Se dan todos contra todos como perros rabiosos por lo de las..., ¿cómo es que dicen ellos ?, alianzas. Ya vas a ver cómo de rebote a nosotros también nos fastidia ese rollo.

—¿Alianzas con quiénes ? ¿Con los bolcheviques?, que de ellos estaban hablando el otro día los yanquis muy animados bajo el cobertizo. No te entiendo, chico. Éste es un asunto de blancos, ¿no es cierto?, y nosotros que yo sepa estamos en América, a mil leguas de ellos. Bronca no quiero con nadie.

— Pero es que allá la cosa ha prendido como fogata en Cuaresma. Van a tener que mandar gente a pelear, otra alternativa no les queda. Seguro que de nosotros no se van a olvidar. Lo de la edad es lo de menos y también lo del color. Blancos, prietos, mulatos, ¡qué más da ahora! ¿Acaso no eres tú un integrante del Imperio francés? —se cuadró grotescamente—, ¿y no debo yo obediencia a mi Gracioso Jorge V?

CUARTO FRAGMENTO

¡Cuál no fue su sorpresa al descubrir a su amigo plantado en la galería, indiferente a la lluvia que tamborileaba en la barandilla, ocupado en ordenar sus pertenencias y sus instrumentos de música! Se quedó pasmado. ¿Él también se estaría preparando para hacer la guerra? ¿Con tanta calma? ¿A todos les había entrado entonces la manía de alistarse? No, no podía ser, si Arístides era colombiano y nada pintaba su país en esa locura de los europeos. Cyparis silbó con insistencia para llamarle la atención. Arístides levantó por fin la cabeza, lo miró sonriente y con la mano que sostenía el estuche de la guacharaca le hizo señas de que pasara. Incluyó el cuerpo por encima de la barandilla y con la otra mano lo tiró de la manga de su camisa.

—¡Tantos días sin vernos, compadre! Te hiciste el desaparecido. ¡Adelante, pues! Yo hasta me andaba preguntando... —miró hacia Victorine que se mantenía apartada con aire contrariado—. Esto se va desocupando, no va a quedar nadie en la Zona. Los yanquis están despidiendo a todo el personal, pero no quieren pagar los gastos de repatriación, te das cuenta, y eso que estaba estipulado en el contrato. ¡Tramposos! Bueno, yo de aquí pienso largarme... —apuntó con el dedo los bultos alineados en el embaldosado.

Sin darle tiempo a continuar, Cyparis lo interrumpió con voz angustiada:

—¿Qué debo hacer? ¿Liar el petate, regresar corriendo a Martinica como los otros muchachos y prepararme para marchar a

Europa, para el frente ? Si dicen que esto se termina en un soplo. Y todo por lo del duque ese a quien mató...

—Duque no, Cyparis. ¡Archiduque ! —corrigió con sorna Arístides—. Lo asesinó un estudiante serbio, un nacionalista. ¿O es que no estás enterado, hombre ? Ya verás cómo se van a vengar los tudescos... Se rumorea que poseen un cañón de primera con nombre de mujer, parece mentira, ¿no ?, Marta, Rosa, algo por el estilo, que no deja títere con cabeza y que se mueren por ensayar los militares.

Victorine lo escuchaba asustada.

—Bueno, ¿y yo qué hago? —insistió Cyparis nervioso.

—Yo que tú no me muevo de aquí. A Panamá, chico, me agarro como la garrapata, a no ser que extrañes tu tierra natal.

Cyparis se encogió ostensiblemente de hombros y se puso a refunfuñar. No le interesaba retornar a ese país que había dudado sobre su palabra y no había vacilado en denigrarlo. Conque él era un mentiroso, un aprovechado, un ladrón de tumbas, un ... — siempre se le escapaba la expresión que habían usado entonces ciertos periodistas. ¡Cyparis el... Profanador, así era ! Estas calumnias le seguían provocando ardores de estómago y solían disipar la vaga nostalgia que sentía elevarse a ratos en su corazón, los domingos particularmente, ante un bello amanecer o un crepúsculo con arreboles.

—A no ser que echas de menos...

Cyparis esbozó un movimiento de impaciencia. Hacía mucho que ya no lo emocionaba el recuerdo de las lavanderas del Roxelane con sus faldas arremangadas con picardía y sus pechos al aire, ni esas ruidosas partidas de campo de los jóvenes burgueses con sus queridas, orondas y perfumadas, arrogantes, en las márgenes del río, que lo habían dejado más de una vez mudo de envidia y temblando de deseo en la adolescencia. ¡Saint-Pierre! Ni quería pensar en él. La bulla de la plaza Bertin, sus citas al pie del faro con los amigotes, sus deambulaciones por la zona del puerto, todo esto era historia antigua!

—Bueno, bueno, hombre, no pongas esta cara, si yo no he querido ofenderte. Entonces nadie te manda meterte en este atolladero, que la guerra esa va para largo —lanzó una risa sarcástica, al tiempo que guardaba en un saco de yute un par de zapatones—. Va a ser como en la nuestra, que recién acabó. Conservadores contra liberales. ¡Algo tremendo, toda una masacre! La Guerra de los Mil Días, que tenía que ser una mera diversión, ¿no es cierto? Y mira tú.... ¡Mil días, esto no es moco de pavo! Total : un ojo reventado para mi primo, una pierna amputada para mi padre, que insistió en acompañarnos porque se sentía joven todavía y no quería quedarse en casa con el mujerío, y un montón de osamentas y de odios regados por todo el territorio de la República.

Su voz cobró bruscamente una profundidad tenebrosa que alarmó a Cyparis.

—¿Qué miembro te va a cobrar a ti la guerra esa si vas, dime tú ?

—¿Pero qué estás diciendo, Arístides ?

—¿Qué miembro te va a cobrar a ti la guerra esa si vas, dime tú ? —repitió con fuerza clavando los ojos en la entrepierna de su compañero.

Cyparis perdió el color, se quedó como petrificado, sin comprender. Retrocedió varios pasos como buscando eludir la misteriosa amenaza que emanaba de las palabras de su amigo. En su bajo vientre seguía sintiendo la insoportable presión de los ojos oscuros de Arístides. Afluyeron a sus mejillas violentas masas de sangre. Indignado, avanzó hacia él con ánimo de exigirle cuentas.

—No juegues conmigo, Arístides. ¿Qué te pasa, hombre, has perdido la cabeza?

—¿Óyeme, Cyparis, en las guerras la cabeza no es lo único que puede perder uno. Y no quiero que te ocurra lo mismo que a mí —la cara del colombiano se opacó de repente, dio la espalda al martiniqués y siguió guardando sus pertenencias, lentamente, fingiendo ignorar el estupor que acababa de abatirse sobre su amigo.

Victorine, horrorizada, se apartó bruscamente de los dos hombres. Cyparis se esforzó por dominarse. Vigiló su boca, que se le crispaba nerviosamente; vigiló sus párpados, pugnando por no cerrarlos ante tanto horror; vigiló sus manos, que colgaban a lo largo de su cuerpo como dos masas inertes. Se abstendría de preguntas indiscretas, dónde, cómo, quién; de toda inútil compasión, de humillantes manifestaciones de enternecimiento. Se reprochaba ahora sus bromas y confianzas pícaras. Se recostó contra la barandilla esforzándose por conservar el equilibrio, pero le

fallaron las piernas y Arístides se vio en la obligación de acercarle un asiento.

—Epa, mano, siéntate que para esto están las sillas. En ésta no, que tiene el fondo roto. A ver si me ayudas a empacar. El pasado pasado está, amigo —dijo sacando decididamente de un armario una botella de aguardiente y un par de vasos, al tiempo que lo animaba con la mirada.

Entre copiosos tragos de ron, bromas algo forzadas y palmadas en la espalda, se pusieron a charlar de la desastrosa situación del mundo. La lluvia flagelaba el suelo, levantaba un vapor tibio y envolvente que creaba en torno a los dos amigos una reconfortante cortina de intimidad. Cyparis era todo oídos : se fue impregnando de los consejos que le iba prodigando Arístides. Éste, más paternal que nunca, cumplía a la perfección su papel de mentor. Por última vez.

—Anda, no te demores, múdate a la capital, Cyparis. No serás tú el único en hacerlo. El Casco Viejo, Santa Ana, el muelle de los pescadores, ahí sí que habrá trabajo para ti. La Exposición, Calidonia, tienes de sobra dónde escoger. Aléjate de Colón. No hay como los barrios populares, oíste. No te olvides. ¡Ciudad de Panamá, al otro extremo de la Zona ! Estarás como una aguja en un pajar. Cuélate en el tren, baja al sur... Y en caso de emergencia siempre te queda la selva, ¿no es cierto?, que no han logrado dominarla los gringos. Acuérdate, la manigua de los cimarrones, de los mambises, de todos los fugitivos y luchadores de nuestra América. ¿Acaso en Martinica no te metías ya en ella cuando te apremiaban ? Entonces nada está perdido.

QUINTO FRAGMENTO

15.

La Plaza de la Sabana hervía de niños y adultos, arracimados delante de la pequeña carpa del circo venezolano. La cola avanzaba lentamente en medio de comentarios ingenuos y de preguntas animadas. Un acre olor a fieras salía del recinto de tela amarilla, confirmando para gran satisfacción de los que aguardaban afuera la inminente aparición de esos tigres americanos de cuerpo potente que, según afirmaban perentorios algunos enterados, no llevaban rayas sino manchas. Manchas así y asá, chiquitas, grandes, en la cabeza, en los ijares, por todo el cuerpo; no estaban de acuerdo sobre nada, ni siquiera sobre su color, pardo, marrón o negro. ¿Acaso no serían jaguares estos bichos? Corrían tantos infundios en ese país de parlanchines que nadie finalmente se tomaba nada en serio. Las palabras se las llevaba el viento ¡y ya! Que Martinica fuera una isla, rodeada de agua salada, era la única certidumbre capaz de reconciliar a todos. Mientras tanto, la gente esperaba ansiosa el momento de escudriñar a su antojo aquellos prodigios de vigor animal de los que rebosaba la tierra firme americana, el gran continente vecino tan excelentemente dotado. En Martinica no se daban bichos de esta potencia y fuera de los simios, las jutías, las mangostas, las migalas y el trigonocéfalo asesino, la vida salvaje contaba con pocos especímenes realmente apasionantes.

Una elegante sombrilla amarilla, escapada de las manos de su dueña, acababa de rodar al suelo. Se elevaba en el aire, henchida

como una vela, caía de nuevo empujada por ráfagas de un viento venido de tierra adentro, avanzaba a saltitos, antes de reemprender su vuelo hacia el mar, fuera del vasto polígono de la Sabana. La iban persiguiendo, entre las exclamaciones burlonas de los chiquillos, tres hombres salidos de la cola. Corrían grotescamente tras ella, zigzagueando como lagartijas, mientras permanecía en la cola, observándolos imperturbable, su propietaria.

Alexia se había puesto de tiros largos y nadie hubiera podido adivinar que esta mujer de porte majestuoso, vestida de azul claro, con elegancia y discreción, trabajaba de carbonera en el puerto de Fort-de-France. Toda la semana se la podía ver en la Compañía General Transatlántica, indiferente a las ojeadas y piropos de sus compañeros, subiendo por las pasarelas de madera con un leve balanceo del cuerpo entero. Cargaba sobre la cabeza pesadas cestas de ese carbón brillante que terminaba en las calderas de los grandes buques anclados en la bahía.

Pero hoy no llevaba trenzas, ni el pelo recogido en cuatro moñitos apretados. Estaba suelta su cabellera, cuidadosamente alisada en dos románticas crenchas que realzaban el perfecto ovalado de su rostro. Tampoco tenía la cara sudada ni tiznada por esas carbonillas que siempre se escapaban de sus espuestas, sino cubierta de una finísima capa de polvos de arroz. Acompañada por una amiga de rasgos adocenados y andar brusco, que le llevaba al parecer bastantes años y la colmaba de atenciones paternas, se iba acomodando por fin en la segunda fila, aferrada a su recuperada sombrilla, cuando surgió frente a ella la cara preocupada de Cyparis.

Alexia se turbó violentamente al reconocerlo. Cyparis, sorprendido, la miraba sin comprender. Trabajaban ambos en la Compañía y estaban en excelentes términos, basados en el respeto y la camaradería, a la que él había terminado por resolverse al notar que no parecía gustarle particularmente a esa buena moza. Aunque amigo de las faldas, no era hombre capaz de hostigar a las mujeres y si no había correspondencia en el deseo enseguida ponía los ojos en otra flor.

Alexia le había aportado mucho, sin embargo. Ella era miembro de uno de estos sindicatos obreros que habían prendido con rapidez desde hacía un par de años, desplazando las sociedades de socorro mutuo manejadas por la Iglesia y el patronato. Se expresaba de modo claro y directo, sencillamente, y no le faltaba humor. Con ella Cyparis no se sentía acomplejado y la escuchaba con curiosidad cuando le contaba de su poco gratificante experiencia de tesorera, una función que había desempeñado a disgusto, con el temor constante de equivocarse en los cálculos y de tener que afrontar los comentarios sarcásticos de sus compañeros. Era con ella con quien, por primera vez en su vida, se había puesto a discutir en serio de los movimientos sociales que agitaban al mundillo martiniqués, de la crisis del azúcar y de la concentración de los ingenios, que iba en aumento y amenazaba con enviar al paro a no pocos obreros.

¡Y ahora la remolacha, Cyparis!, que empezaba a hacerle la competencia a la caña dulce. Todo estaba manga por hombro, nadie quería capitular; en Martinica los criollos defendían encarnizadamente sus intereses y los trabajadores alzaban cabeza, hartos de docilidad, negándose a pagar el pato de la lucha entre la

colonia y la metrópoli. ¡La remolacha, una planta revolucionaria ! Era la primera vez que sonaba a oídos de Cyparis este vocablo bárbaro y le parecía increíble que una raíz tan vulgar pudiera rivalizar con la gallardía de la caña de azúcar. De la huelga general de 1900 y de sus muertos, cuyas causas profundas seguían escapándosele todavía un poco, Alexia le había hablado más de una vez y explicado lo mucho que la falta de uniformización en las reivindicaciones obreras había perjudicado al movimiento y limitado el alcance de lo obtenido por los asalariados. Cyparis estaba al tanto, evidentemente, pero sólo de oídas conocía este conflicto mayor que no había afectado directamente a Saint-Pierre ni a Prêcheur.

—De huelguistas hablamos, hombre, no de vulgares amotinados, cuidado, como intenta dar a entender el patronato...

Sonó un golpe de timbal. Cyparis volvió brutalmente a la realidad. Se desvaneció la voz envolvente de Alexia, pero no su inquietante presencia. Su cara se había demudado de repente, dejando ver bajo la luz cruda de los focos unos rasgos crispados y el surgimiento incontrolable del sudor. Los polvos de arroz, que se iban corriendo con rapidez bajo el efecto de la emoción y el calor, no conseguían disimular la violenta contrariedad que la embargaba y daba pie al nervioso manejo de su abanico.

Alexia acababa ni más ni menos de descubrir a Léonie, tiernamente inclinada contra el hombro de Cyparis y paladeando con una alegría infantil, encandilados los ojos y palpitantes las aletas de la nariz, aquel subyugante espectáculo al que le era dado asistir por primera vez en su vida. La carbonera se removió ostensiblemente en la banca de madera y dejó de seguir en la pista

el cómico arrastrarse de dos pequeños caimanes de las bocas del Orinoco, azuzados por la vara de un muchachito vestido de rojo. Se puso a contemplar fijamente a Cyparis con unos ojos erizados de puñales.

—Todos cortados por el mismo patrón —Cyparis recordó de golpe esta frasecita desdeñosa que Alexia solía murmurar al rechazar las insinuaciones de sus compañeros de trabajo o de tripulantes atrevidos.

Sostuvo su mirada con asombro y algo de cólera. Jamás comprendería las incoherencias de las mujeres, que ni comen las berzas ni las dejan comer. ¿Qué culpa tenía él? ¿En qué la había ofendido? ¿Acaso no tenía derecho a sentarse al lado de otra mujer? Hasta aquí había creído ser, no sin cierta satisfacción, el mejor amigo de Alexia. Charlaba y bromeaba con ella con toda libertad en los muelles, bajo los cobertizos de la Compañía o el alero de una pequeña tienda de comestibles donde ambos compraban de vez en cuando galletas de sal y harina de mandioca. Llegó incluso a acompañarla varias veces, respetuosamente, a casa de sus padres, con los cuales afirmaba vivir, en las Tierras Sainville. Y resulta que descubría de repente que algo se le había escapado, que tal vez hubiera sido mejor insistir un poco más, con palabras melosas e insinceras, como hacían los otros machos, como también debía de haber hecho ese coso-vulgar-ni-chicha-ni-nabo sentado a su lado que le había ganado la partida.